

ROMANCE DE EL QUIJOTE CABALGA POR CANARIAS

Y subiose Don Quijote
en mágica alfombra persa
con Sancho Panza, su rucio
y Rocinante. Se cuenta
que se elevó por los aires
do las distantes estrellas
y recorrió tal distancia
en tal número de leguas
que por lejanas, lejanas
divisaron otras tierras
rodeadas en su orilla
por la ancha mar *océana*.
"¡Que ínsulas tan distantes!
¡Qué distintas y qué bellas!
-le dijo Sancho- ¿Señor
qué ínsulas son *aquestas*?"
Respondiérale el Quijote:
"Para mi que son ballenas
acarreando unos montes
a merced de las mareas;
bajemos a tierra firme
quiero pisarlas por verlas".
Fuera así que descendieron
en Lanzarote, primera
de las ínsulas Canarias.
Encontró la tierra ajena,
-distinta de su Castilla-
mas, destacada en belleza:
sorprendiérale el color,
de las vides de La Geria,
de las monturas con gibas
sobre colosales bestias,
de las sales cultivadas,
de las montañas en gresca
que recibían Volcanes

de Timanfaya por menta;
quedose muy admirado
de jameos y de cuevas,
mas dirigiéndose al Norte,
allá por su extremo viera
a la graciosa Graciosa
con su graciosa caleta
do acercose en un instante
para hacerse con diez viejas,
un cherne, tres meros grandes,
una sama y dos roqueras,
al pié de orondas montañas
que la panza parecieran
de Sancho Panza admirado,
con toda la boca abierta.
En esto que en la su alfombra
-cabalgadura ligera-
montan hacia otra ínsula.
Así que el viento se eleva
ya desmontan, temerarios,
amarrados a una tela
y descenden, con cuidado,
sobre un pueblo en la marea,
muy común en esta ínsula
famosa por sus arenas.
Nada más pisar y ya
un olorcillo les llega
a queso grande, sabroso,
de cabra, que no de oveja;
por la color, el Quijote,
piensa que es una presea,
pero Sancho, más preciso,
da de estas viandas cuenta
hasta llegada la noche
donde pasos dirigieran
hasta un llano con molino.
"¡Gigantes en estas tierras!"
dijo el caballero andante
y con su pose guerrera
lanzose contra el molino,

contra un aspa. Dando vueltas
quedose nuestro Quijote
sobre un llano de tuneras.
-"¿Pero es que vuestra merced
no aprende con la experiencia?"
-"¡Calla Sancho que esto es cosa
de las brujas majoreras!"
Marcharon donde la orilla
era surcadas por velas,
donde jumento y rocín
iban en tablas ligeras
sin más, se encontraron, prestos,
en otra ínsula nueva
por nombre La Gran Canaria
y que todo el mundo menta,
donde probaron el mar
en el sitio Las Canteras,
franqueados más al Norte
por volcanes de La Isleta,
do formaron sus castillos,
do leyeron local prensa,
do el jumento montaba
por las olas, en sus crestas,
y do el Quijote calzó
con unas luengas aletas.
Luego de tal solazarse
fueron do más se conserva
útiles, cosas distintas,
gastadas del tiempo, viejas,
en una casa galana
que existe allá, por Vegueta,
y que causa admiración
a quien, por suerte contempla.
Mas luego guían sus pasos
por ancestrales veredas
que conducen hasta un roque
cuya singular silueta
nubla la vista de aquel
que por su fortuna otea,
hasta que más y, sin mas,

llegaron a una ribera
do pensaba Don Quijote
que podía, Dulcinea,
estar presa en una torre
con vigilantes palmeras.
Quiso el amante batalla
mas dijo la damisela:
“No necesito de vos,
ni que nadie me defienda
en caballería andante
con hazaña quijotesca”.
Se quedó fresca la dama
y el Quijote en agua fresca
donde rocín y jumento
una monta experimentan
sobre el agua en una barca
rauda como una centella
que acabará su camino
de frente a una roca inmensa
que el dedo de Díos dispuso
con forma como de almena,
pero que apuntando al cielo
se elevaba toda de piedra
y a la que el Quijote quiso
batallar por darle guerra,
pero por encanto fue
que en otra ínsula fuera
en donde el Quijote y Sancho
viven aventuras nuevas,
tal que ver un escorpión
blanco con intención negra
surgiendo desde la mar
con aguijón que amedrenta,
que súbito se transforma
en una fuente ligera,
cual manantial, en un lago,
que por sí solo se eleva
a los pies de Tenerife
que tiene por su bandera
el monte más alto y grande

-un volcán sin humareda-
que Teide llaman. De pronto
una figura berrea,
fantasmal, rocosa, firme,
propone al Quijote afrenta,
y más allá, no muy lejos
otra figura lo reta;
a las dos el caballero
Don Quijote que se enfrenta
sin que más que un par de lances
resultara la refriega,
do los monstruosos monstruos
no hacen en su espada mella,
mas aún no ha terminado
cuando otro monstruo le queda:
un dragón inamovible
dotado de seis cabezas
que deja al héroe en la lid,
sin contrario en tales bregas.
“Sin duda que en estas ínsulas
no ha lugar para la guerra”.
Y, de un lance, sin mediar,
mediante ardid o una treta
se encuentran Quijote y Sancho
en situación parrandera
como con rabel liviano
al fondo de una taberna
donde el vino calma a Sancho
y a su garganta sedienta,
y donde el vaho de los caldos
los transporta a una caldera
natural, angosta, ancha,
en sin par naturaleza,
do los riachuelos de agua,
do la frondosa floresta,
exuberante, destaca
y conduce a callejuelas
por do desfila a montas
nuestra singular pareja,
de donde observan perplejos

las gentes desde azoteas
como, con espada en mano,
a malandrines se enfrenta,
que alborotaban, marchando,
por las angostas plazuelas
y que se llevan la palma
bailando. Sin más pendencia
los deja el Quijote ir
por ser enjuta caterva.
De pronto, un encantamiento
a las alturas los lleva,
donde tocar con las manos
dos mil astros pareciera,
y do observara nuestro héroe
que bajo el manto de estrellas
incubaba un gran dragón
como con cara de fiera;
a aquel se enfrenta y, de nuevo,
apareció, sin pelea,
frente a unos órganos, riscos
que se juntan, como pétreas
formas que imagen forman
tubular y lisonjera
de rocas que frente al mar
resultan cual chimeneas
que conducen hasta un monte
con una extraña cabeza
con ganas de guerrear
y a quien el héroe se enfrenta
para aparecer en medio
de copiosas plataneras
que Sancho, de muy buen grado,
como manjares acepta.
Comiera copioso Sancho
y por natural dijera:
"Tiene el corazón contento
quien la barriguita llena".
"Sí..." -contesto el Quijote-
"como en todo, si modera,
y a la hora de yantar

toma postura en la mesa,
y más todavía si
el ánimo hace presencia".
Quedó pensativo Sancho,
pero con la boca llena.
Y después de tanta parla
Quijote y Sancho, se adentran
en un bosque de enramadas
que encantado pareciera
que los guía, sin saberlo,
hasta una estrecha vereda
con un roque, que allá el fondo
no franquea la frontera,
sino que lleva hasta un llano
en donde Don Quijote otea
por si un gigante malvado
vuelve a pasar por *aquestas*
sabinas ya doblegadas
por sus patagonas piernas;
lo busca por todos lados
mas en su búsqueda encuentra
sólo la marcas dejadas
por el monstruo y otras fieras
que sirven para afilar
sus uñas cuando son luengas.
Después subiose el Quijote
en aquella alfombra persa
con Sancho Panza, su rucio
y Rocinante. Se cuenta
que se elevó por los aires
do las distantes estrellas
y recorrió igual distancia
en tal número de leguas
que por lejanas, lejanas
llegó a divisar sus tierras
do recorre los su tiempos
sin que el tiempo sea mella
para el caballero andante,
Sancho Panza, Dulcinea,
Rocinante, el rucio y

todo aquel que lo leyera.